# ESTE LIBRO TE ALEGRARÁ LA VIDA

DANIEL GRAY

Ariel 75
1942 / 2017

# ESTE LIBRO TE ALEGRARÁ LA VIDA

## 50 PLACERES ÍNTIMOS DE LA LECTURA

DANIEL GRAY

TRADUCCIÓN DE
GEMMA DEZA GUIL

ILUSTRACIONES DE
J. MAURICIO RESTREPO

Ariel 75
1942 2017

Título original: *Scribbles in the Margins. 50 Eternal Delights of Books*

Publicado originalmente por Bloomsbury Publishing, un sello de Bloomsbury Publishing Plc

1.ª edición: junio de 2017

© 2017, Daniel Gray
© 2017, de la traducción, Gemma Deza Guil
© del diseño de la maqueta y las ilustraciones de interior, J. Mauricio Restrepo

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo y propiedad de la traducción:
© 2017, Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2584-2
Depósito legal:B. 9.365-2017

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Prefacio o la búsqueda de solaz en las páginas de un libro 13
1. Dedicatorias manuscritas en libros viejos 17
2. Visitar casas ajenas e inspeccionar las bibliotecas 21
3. Puntos de libro improvisados 27
4. Leer en la cama 31
5. Empezar un nuevo libro 35
6. Cuando los amantes se reúnen 39
7. Leer en una tienda de campaña 43
8. Borrones, manchas y otros recordatorios de dónde y cuándo se leyó un libro 47
9. Librerías de viejo 51
10. Ocultar a tu pareja que has comprado más libros 57
11. Abandonar una lectura 61
12. Leerle a un niño 65
13. Leer un libro sobre un lugar que nunca visitarás 69
14. Sentirse desamparado tras concluir un libro 73
15. Notas al margen 77
16. Perder una tarde organizando estanterías 81
17. Novelas que hacen llorar 85
18. No «entender» un libro del que todo el mundo habla maravillas 89
19. Adaptaciones buenas para cine y televisión 93
20. El olor de los libros, viejos y nuevos 99
21. Esperar con impaciencia la siguiente entrega de una serie 105
22. Morirse de risa leyendo 109
23. Bibliotecas 113
24. Grandes librerías 119
25. Descubrir un autor con una inmensa obra y ponerse al día 123
26. Observar cómo aprende a leer un niño 129

**27.** Releer uno de nuestros libros favoritos 133
**28.** Cuando el argumento cobra sentido 135
**29.** Comprar una edición de lujo que no cabe en la estantería 141
**30.** Dedicatorias de autores 145
**31.** Leer en un bar 149
**32.** Espiar qué leen los demás 153
**33.** Salas de libros caóticas y propietarios entusiastas a la búsqueda de un volumen para prestarnos 157
**34.** Entusiasmarse al hablarle de un libro a alguien 161
**35.** Libros prístinos 165
**36.** La contracubierta 169
**37.** Leer en el transporte público 173
**38.** Viajar en un atlas 177
**39.** Irse a vivir con alguien y descubrir libros duplicados 181
**40.** Regalar un libro 185
**41.** El sosiego de una sala de lectura 189
**42.** Fingir haber leído algo que se debería haber leído 193
**43.** «Bibliotecas» de hoteles, hostales y casas rurales 197
**44.** Embutir un libro en una estantería 201
**45.** Elegir las lecturas para las vacaciones 207
**46.** Notar el cosquilleo de la poesía 213
**47.** Recordar un libro de la infancia 215
**48.** Perderse consultando el diccionario 221
**49.** Notar que un libro está hecho para ti 225
**50.** Terminar un libro, dejarlo sobre la mesa y reflexionar sobre él 229
Agradecimientos 231

# 1

# DEDICATORIAS MANUSCRITAS EN LIBROS VIEJOS

«Para mi amado esposo, 16 de agosto de 1936.» «De Betty, con amor, Navidad de 1949.» «Para Sarah, que este libro te acompañe en tu viaje. Con amor, mamá y Ron.» Cada una de estas dedicatorias se ajusta apretadamente en la esquina superior izquierda de la portadilla de un libro. Se diría que las palabras saben que no deberían estar ahí e intentan escabullirse con sigilo de la página. La caligrafía, en todos los casos, es esmerada y ornamentada, con las letras enlazadas; así, «esposo» parece una serpentina desplegada y manipulada surgida de un lanzador de confeti y «Navidad» se antoja una cuidadosa estela de vapor dejada en el cielo durante una exhibición de acrobacias aéreas. Y la tinta es invariablemente de color negro o azul marino desvaídos.

Los mensajes transmitidos son festivos y amorosos, a menudo redactados en el lenguaje sencillo y contenido de su época. En ocasiones se percibe que la pluma y la tinta resultaron liberadoras para quien regalaba el libro, una persona en apariencia poco proclive a las declaraciones espontáneas de afecto: «Para mi querido Thomas, feliz cumpleaños, tu padre». También hay bromas privadas, referencias compartidas que nunca entenderemos, y se adivinan los vagos contornos de vidas ajenas.

Esas grandes incógnitas de las dedicatorias de los libros son una parte importante de su encanto. Nos retrotraen al momento en el que el volumen fue escogido y regalado por primera vez, un relato dentro de otro relato, si bien en este caso jamás conoceremos el final. ¿Disfrutó Thomas del libro? ¿Llegó a leer el suyo el amado esposo? ¿Acompañó su libro a Sarah, y adónde? Puesto que tantos libros están fechados como si de contratos vitales se tratara, podemos circunscribir las notas a su período histórico (para un británico, cualquier cosa escrita a un hijo entre 1900 y 1914 resulta especialmente emotiva), pero no por ello dejamos de fabular con lo que sucedió a continuación. ¿Les gustó el libro a los obsequiados? ¿Tal vez se lo prestaron a algún amigo? ¿Cuántas veces se han leído con emoción

esas palabras? ¿No era, acaso, el título que en realidad se anhelaba y, al desenvolverlo con impaciencia el día de Navidad, tuvo que fingirse la alegría? ¿Cómo acabó en una librería de viejo o en el almacén de un vendedor de libros «usados» en internet? ¿Fue un libro querido, atesorado hasta el vaciado de la vivienda de su dueño tras su fallecimiento? ¿O bien pasó de mano en mano, a través de los tiempos, en busca de un hogar?

Estas máquinas del tiempo de papel nos encandilan con la consoladora idea de que un libro tiene vida y ahora nosotros formamos parte de ella. Añaden un placer más a la adquisición de un libro viejo y crean una conexión atemporal entre el lector actual y el otro, el desaparecido hace ya mucho. Ambos comparten ahora un secreto que nunca será revelado. Es posible que vivieran sus vidas en mundos muy distintos, pero los unen exactamente los mismos personajes y la misma tinta.

La próxima vez que regales un libro, dedica un momento a escribir unas breves palabras para el destinatario, porque también estarás tendiendo la mano a alguien que ni siquiera ha nacido todavía.

# 2

# VISITAR CASAS AJENAS E INSPECCIONAR LAS BIBLIOTECAS

En las casas que frecuenté durante mi infancia había muy pocos libros a la vista. La mayoría de los hogares, incluido el mío, contaban con sólo un par de estantes de libros, que normalmente formaban parte del mueble del salón, protegidos tras un vidrio, como si los libros estuvieran allí para ser vistos, no leídos. Dispuestos sin un orden concreto solía haber una enciclopedia breve, una Biblia, un diccionario, un par de novelas románticas de Jilly Cooper, alguna edición rústica de libros de fotografías sobre la guerra, una serie de volúmenes sobriamente encuadernados, todos ellos sin leer, recibidos a modo de obsequio, títulos acerca de dietas y achaques típicos de las crisis de la mediana edad y pasatiempos efímeros, un atlas gastado y un gran anuario relacionado con alguna serie televisiva de la BBC.

Los dueños de aquellos anaqueles (mis padres y sus amistades) habían nacido justo después de la Segunda Guerra Mundial. En aquel entonces, los libros que se leían no se compraban, sino que se tomaban en préstamo. Las bibliotecas eran necesarias y útiles, mientras que los salones de las viviendas se consagraban a las porcelanas decorativas y al televisor, y no a presumir de cultura. Quizá por eso de adulto me obsesionan las bibliotecas personales bien surtidas y, por descontado, reunir la mía propia; quienes ni siquiera teníamos estanterías para libros necesitamos ahora dos habitaciones para que nos quepan todos. Son, para la generación consentida a la que pertenezco, lo que los lavabos dentro de la vivienda fueron para las generaciones precedentes. O quizá sencillamente yo sea una persona curiosa.

Sé que no soy el único, que ahora mismo hay otras personas echando un vistazo a estanterías de libros ajenas y haciéndose una idea de cómo son sus dueños, una idea que difícilmente se harían mediante la simple conversación. Esas estanterías son la biografía de alguien, revelada, por más que se intente evitarlo, por las cubiertas de los libros a partir de las cuales se le juzga. No se trata de algo injusto o siniestro o, al menos, no del todo: ¿qué mejor manera de decidir si

merece la pena invertir tiempo en un nuevo amante o de descubrir que se tiene algo en común con un anfitrión cuando uno acude a un acto social forzado por su pareja, más afable? Además, también es posible que esos anfitriones deseen que uno se fije bien en su librería, pues no hay que olvidar que una colección de libros puede ser una ostentosa exhibición de inteligencia y sofisticación.

La llegada a una casa o a un piso de alguien despierta el deseo de disfrutar de un buen rato a solas con las estanterías de libros. El ofrecimiento de una bebida, a ser posible una ligeramente complicada de preparar, se acepta sin remilgos, ya que brinda un pretexto excelente para fisgonear. Y si el anfitrión está cocinando, el mundo sonríe y nos sobra el tiempo. Para cuando haya acabado de fregar los platos, nos habremos hecho ya un perfil de su personalidad.

En cualquier caso, recorreremos apresuradamente con la mirada todas las estanterías mientras husmeamos con emoción los libros que tenemos delante, como un gato en una pescadería, y entresacamos dos o tres títulos en rápida sucesión. Uno puede sorprenderse carcomido por la envidia ante la biblioteca, o suspirando con melancolía ante el despliegue de una colección ordenada alfabéticamente con una perfec-

ción casi intachable o ante una inmensa muestra de clásicos de Penguin de encuadernación naranja. No podría haber mejor presagio de una amistad, o algo más, que el que la librería contenga al menos media docena de volúmenes que también forman parte de nuestra biblioteca.

Cuando el anfitrión regrese a la habitación, encontrará nuestro rostro iluminado, tras haber detectado esos libros en común. Ahí radica la verdadera alegría, no en fisgonear, ni en buscar pistas o juzgar al otro. Hemos encontrado a un compañero de viaje y existen multitud de mundos dentro de éste que podemos visitar juntos sin siquiera levantarnos del sofá. Y lo mejor de todo: cuando llega el momento de partir, caída ya la noche, nuestro nuevo amigo puede insistir en prestarnos un libro o un par de ellos que está convencido de que nos encantarán. Si alguna vez los devolvemos (dice un refrán árabe que sólo un insensato deja libros y sólo un insensato aún mayor los devuelve), no será al cabo de poco tiempo. Eso sí, si finalmente se produce el reencuentro, el propietario vivirá una alegría imprevista.

sensibilidad
Montaigne
Fuster
CEREBRO
MORGADO
freire
Carrère
L·A·R·S·O·N
Marina
LURI
SAVATER
ZADIE SMITH
EXISTENCIALISTAS
ÉRIC ROHMER
García Lorca
NERUDA
PESSOA
FREUD